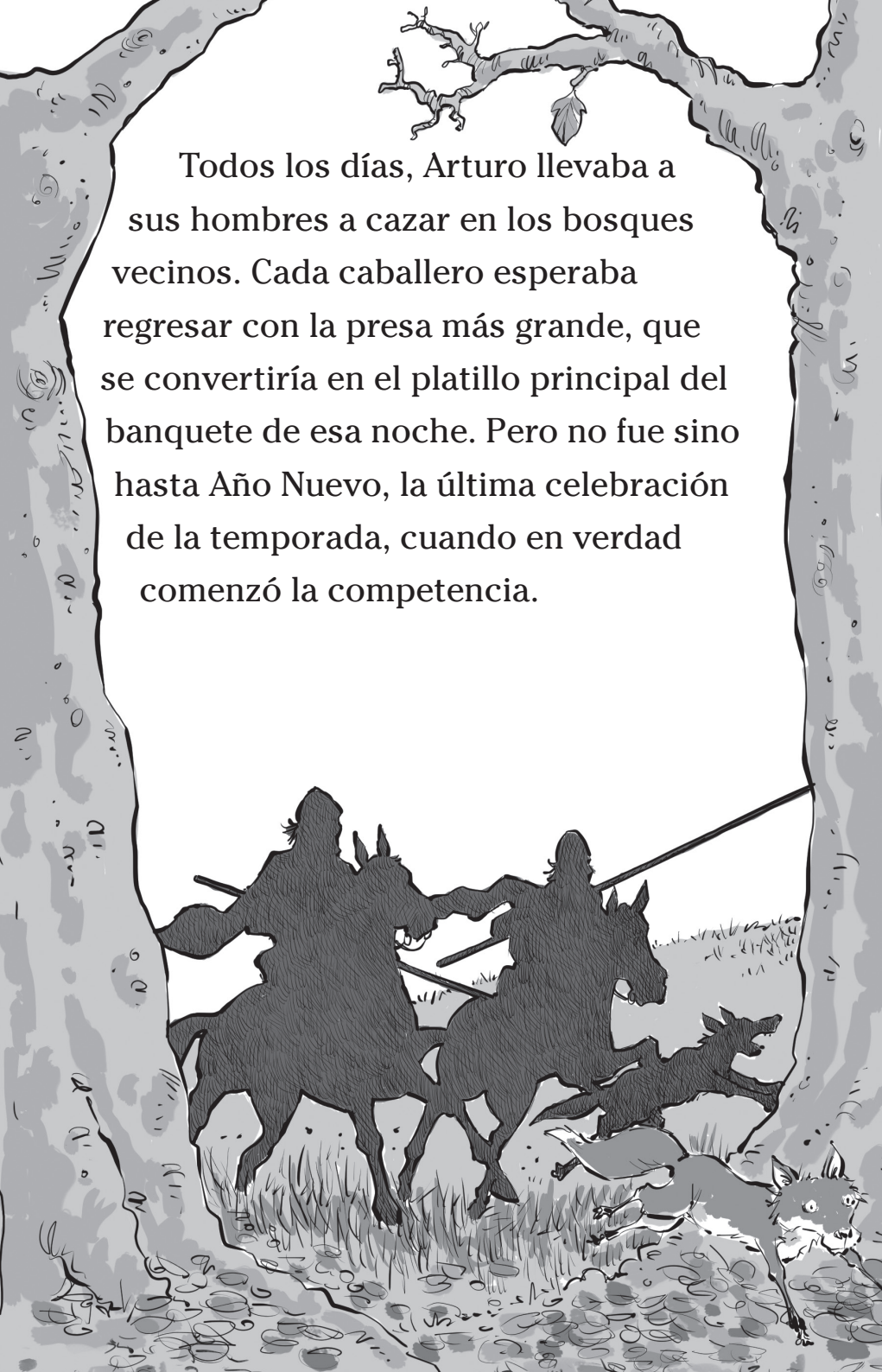
Capítulo uno

La Navidad en Camelot era un acontecimiento bastante alegre: el muérdago colgaba de las puertas y la planta de acebo decoraba las mesas. Era una época de celebración, llena de risas, banquetes y competencias amistosas entre el rey Arturo y sus caballeros.

Todos los días, Arturo llevaba a sus hombres a cazar en los bosques vecinos. Cada caballero esperaba regresar con la presa más grande, que se convertiría en el platillo principal del banquete de esa noche. Pero no fue sino hasta Año Nuevo, la última celebración de la temporada, cuando en verdad comenzó la competencia.



Cuando salió el sol el día de Año Nuevo, sir Gawain partió con sus compañeros lleno de grandes esperanzas. Hasta ese momento, era él quien había tenido más éxito en la cacería, al llevar a la mesa más de la mitad de los platillos principales. No tenía ninguna duda de que lo volvería a lograr, hasta que sir Bedivere derribó un enorme jabalí y fue declarado ganador.

—¡Incluso era más grande que Caball! —dijo Kay esa noche, mientras contaba lo sucedido en el gran salón.

Al oír su nombre, el perro de caza más grande se acercó a la espera de recibir algún bocado. Kay se rio y le dio una palmada en el hombro a Bedivere.

—¡Incluso con una sola mano, sigue siendo mejor cazador que el resto de nosotros!

Mientras las risas aumentaban, Gawain bebía su vino en silencio y miraba el fuego que ardía intensamente en la chimenea. Terminó su copa y la sostuvo en el aire para pedirle a un sirviente que la rellenara.

—¡No estés tan triste! —lo regañó Kay—. Muy pronto llegará tu turno.

—¿De verdad? —suspiró Gawain.

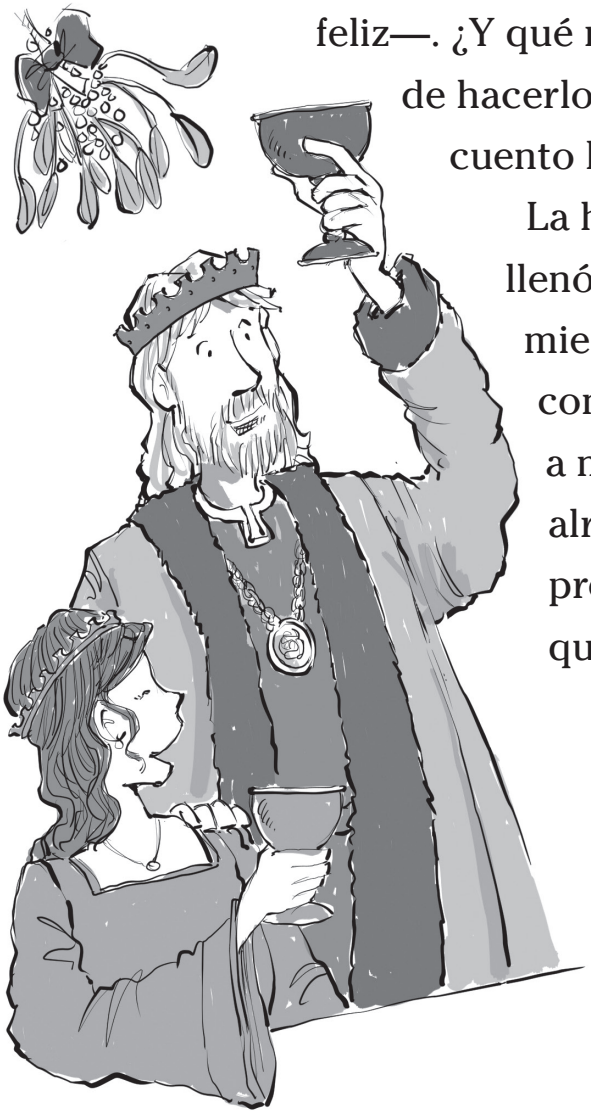
Gawain vino a Camelot con sueños de grandeza y estaba decidido a demostrar que era digno de ocupar su asiento en la Mesa Redonda y obtener la gloria para él y su rey. Sin embargo, últimamente dudaba que alguna vez tendría la oportunidad de hacerlo. Aun así, Kay asintió.

—¡Por supuesto que sí! Eres joven. Tienes mucho tiempo para lograr tu misión.

Gawain levantó la vista cuando de pronto el rey se puso de pie al frente de la sala, donde cenaba con la reina y Merlín.

Ginebra lucía hermosa en su vestido de seda color rubí que tenía una cinta dorada.

—¡Hoy celebramos el Año Nuevo! —anunció Arturo, quien lucía fuerte y feliz—. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que con un cuento heroico?



La habitación se llenó de murmullos mientras la gente comenzaba a mirar a su alrededor, preguntándose quién hablaría.

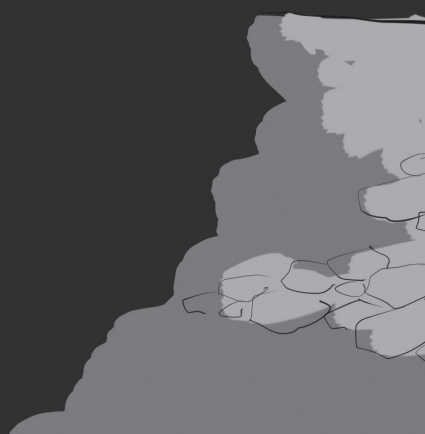
—¡Quiero escuchar un cuento de valentía y astucia de uno de mis caballeros!

Gawain tomó su copa, deseando tener algo que contar.

De repente, las puertas principales se abrieron de golpe con un gran estruendo. El aire helado de invierno corrió por la habitación, apagando docenas de velas de los candelabros de hierro forjado, y la silueta de un hombre a caballo ocupó toda la entrada.

No, no era un hombre.

Gawain, incrédulo, cerró los ojos, pero aun cuando los volvió a abrir, seguía viendo lo mismo. El intruso no solo era enorme y estaba montando a caballo dentro del castillo, ¡también era verde!

Todo verde: desde la corona de acebo, que llevaba sobre su largo cabello verdoso, hasta sus botas, pasando por su armadura. Su piel era del color de una hoja joven de roble y su barba de la tonalidad del musgo húmedo. Incluso la cuchilla del hacha que colgaba a su costado parecía hecha de esmeralda.

Lo único que no era verde eran sus ojos rojos que parecían quemar cada alma en el gran salón de Camelot.